

P. H. ALLENDE Y LA MUSICA AMERICANA

Al eminente compositor chileno maestro P. Humberto Allende, le fué conferido por unanimidad el Premio Nacional de Arte, correspondiente al año 1945, que por primera vez se otorga a un músico. El jurado basó su veredicto en el hecho de que es «el músico chileno que con mayor dedicación ha creado una obra que se distingue por la exaltación de lo nacional, con un lenguaje de indiscutible nobleza y valor musical y que ha sido apreciado en este sentido dentro y fuera del país».

Este juicio lo habían formulado de largo tiempo atrás muchas grandes personalidades europeas y americanas al hablar de sus obras. «El florecimiento musical de la América Latina, no es uno de los acontecimientos menos importantes de los últimos veinte años», dijo en 1930 en «Le Figaro» de París, el renombrado crítico Felipe Lazare, en un comentario sobre las «Doce Tonadas Chilenas» para piano, de Allende.

Sí, nuestra América se reconquista a sí misma después de cuatro siglos de encubrimiento y el gran compositor chileno es una de las figuras estelares del esplendoroso renacer de la psiquis amerindia. Lo es por su vigorosa personalidad de artista, que se expresa con una ciencia contrapuntística y armónica refinada y una inspiración melódica de suprema elegancia, que suelen nutrirse en las voces de la hermosa tierra de Chile; tierra de mar bravío e islas incontables, de lagos azules y selvas vírgenes, de pródidos valles y verdes praderas, dominados por la cadena de plata de los Andes, medio telúrico que moldeó un pueblo artista, heroico, fuerte y trabajador.

P. Humberto Allende, nació en Santiago de Chile en 1885; a la edad de catorce años ingresó en el Conservatorio Nacional de Música de su ciudad natal, donde obtuvo los títulos de profesor de violín, armonía y composición. Al egresar de ese establecimiento de educación musical, que dotó a Chile con tantos músicos de fuste, desarrolló, durante largo lapso, intensa y fecunda labor pedagógica, que le valió su reciente nombramiento de Profesor Extraordinario de Composición en la Facultad de Bellas Artes de la Universidad de Chile.

Paralelamente con ese apostolado en pro de la cultura de su pueblo, P. Humberto Allende escribió una serie de obras instrumentales, de cámara, vocales, corales y sinfónicas, que ocupan sitio de primera fila en la música culta indoamericana; todas ellas por la elevación y dignidad que presidieron su creación; muchas, porque representan el acento genuinamente chileno, dentro del vasto conjunto del arte continental.

La *tonada*, adquiere singular jerarquía en la obra de Allende. Esta canción popular chilena, que dentro de un matiz regional argentino, se cultivaba en nuestras provincias andinas, pues la grandiosa barrera de los Andes fué impotente para separar a ambos pueblos, el chileno y el argentino, de su comunidad espiritual, se transfigura con este compositor. Su penetrante emoción melódica y sus característicos ritmos, se enriquecen con una magnífica gama

de matices expresivos. Pasional o humorística, poética o melancólica, vivaz como su hermana la *cueca* o lenta como una canción indígena, presenta el más variado panorama de la geografía sonora de Chile. Panorama encantador, si lo hay, cuando Allende se inspira en ella, extrayendo la esencia del folklore de su raza, para elevarla al rango de arte superior; universal por su categoría y chileno por su material musical.

Las doce «Tonadas Chilenas» para piano, que figuran en los programas de tantos pianistas americanos y europeos; las Tonadas a dos voces, para cuartetos vocal y de arcos, y las Tonadas para orquesta, hacen de la primitiva e ingenua canción popular expresiones artísticas en las cuales el paisaje y los hombres que en él lloran y rien, cantan y bailan, trabajan y aman, viven al fin, ven engalanados sus sentimientos y sus acciones, por medio de una ciencia refinada puesta al servicio de la emoción.

Ese chilenuismo trascendente de la obra de P. Humberto Allende, adquiere singular esplendor en dos poemas sinfónicos: *Escenas campesinas chilenas* y *La voz de las calles*.

«Escenas campesinas chilenas», que el autor, con harta modestia, titula serie orquestal, es un verdadero poema sinfónico en tres coloridos frescos de naturaleza y vida popular. La fina poesía de uno, el intenso poder de evocación del otro y la riqueza y pujanza rítmica del último, todos ellos contruídos con materiales folklóricos, que realiza una instrumentación delicada, de gran riqueza de matices y de definida personalidad, ofrecen al auditor una brillante visión de vida rural.

Con «La voz de las calles», P. Humberto Allende nos transporta al ambiente urbano de Santiago. La obra está contruída con motivos de pregones de vendedores callejeros. Mas, si éstos pueden resultar de un localismo extremado, la magia del arte del compositor los universaliza. Combinados con ciencia original e instrumentados con claridad y colorido, forman un conjunto a cuyo poder de sugestión nadie puede sustraerse.

Para orquesta, Allende escribió dos obras sustanciales sin preocupaciones folklóricas que pueden no tener carácter chileno, pero no carecen de emoción chilena. Ellos son el «Concierto para violoncello y orquesta»,—del cual Claudio Debussy, muy parco en elogios, dijo que su estilo era absolutamente notable y que imperaba en él una personalidad en el ritmo que se la encontraba raramente en la música contemporánea,—y el «Concierto para violín», una de las últimas obras del maestro.

El Concierto para violoncello es conocido en Buenos Aires, donde logró cálido éxito; no así el sinfónico para violín, cuya composición Allende inició en su última permanencia en nuestra capital. Imposible resulta, pues, abrir juicio alguno sobre esa obra, bien que el conocimiento que tiene quien habla, de dos páginas corales de la misma época, de un gran refinamiento contrapuntístico y de una inspiración depurada sin mengua para su emoción, puede imaginar la estética que presidió su creación.

Más de un cuarto de siglo hace que el gran compositor chileno

es conocido y admirado en la Argentina. Muchas de sus obras figuran con frecuencia en el repertorio de nuestros artistas: directores de orquesta, pianistas, cantantes de cámara y conjuntos de arcos—su bello Cuarteto es muy apreciado—y son recibidas por el público con el deleite y la emoción que provocan siempre los mensajes fraternales de pueblos ligados entre sí por la tradición de ayer, de hoy y de mañana... Esas obras tienen para el alma argentina íntimas resonancias de patria continental, esa gran patria que forjan con talento tantos artistas de nuestra América...

Y esa es la emoción que cimentará la verdadera e indisoluble confraternidad entre las veinte repúblicas amerindias. Mensajes de alma a alma, expresiones nobles que algo nuevo dicen a la sensibilidad de nuestra raza y a la sensibilidad de todas las razas del orbe, tal es lo que necesitamos para cumplir con el destino.

El arte dentro del mismo ciclo cultural, puede ser cosmopolita como lo son las obras de los grandes héroes de la música: Bach y Beethoven, Wagner y Debussy, Chopin y Mussorgsky, Verdi y Strawinsky, y tantos otros, expresiones de la cultura europea, dentro del matiz regional alemán, francés, polaco, ruso e italiano.

Mas, para alcanzar en América esa unidad dentro de la diversidad, se impone que nos americanicemos. Un gran escritor estadounidense afirmó que lo europeo va extinguiéndose o transformándose en nuestras tierras, tal como aconteció en siglos lejanos en Europa, con lo ario o asiático. Y es esa liberación, ajena a toda xenofobia e inspirada en los más nobles y constructivos ideales de crear una cultura propia, de la que el arte es la más duradera expresión, lo que nos llevará a la gran civilización prevista por el Conde Keyserling y Romain Rolland, entre muchas relevantes personalidades europeas que estudiaron ese problema.

Seremos americanos o si no, no seremos nada, podríamos decir parodiando una frase célebre de José de San Martín... La obra de P. Humberto Allende encamina a Chile hacia esa americanidad trascendente, en la cual hombre y paisaje concurren a la síntesis del acento chileno en música.

GASTÓN O. TALAMÓN,
Buenos Aires, 1945.

P. H. ALLENDE EN EL ÚRUGUAY

En dos oportunidades, 1933 y 1939, visitó Montevideo el maestro chileno P. Humberto Allende, invitado especialmente por el Ministerio de Instrucción Pública del Uruguay y por la Universidad de Montevideo. Su estada en el Uruguay no fué pasajera y más o menos pirotécnica, como la de muchos compositores que llegan a estas playas, precedidos de una fama construída a base de «propaganda». Silenciosamente, sin réclame periodística, llegó a nuestro país el maestro Allende a cruzar una mirada cordial con nuestros paisajes, a observar nuestras costumbres, a intimar con nuestros artistas e intelectuales, a enseñar sin pedantería, y a divulgar la música chilena auténtica, ya que la divulgación de su propia música, representa por lo menos, gran parte de la historia de la música chilena, por ser Allende el precursor en Chile de la música artística de carácter nacional, y el maestro de los mejores compositores actuales.

Su labor comprendió en los dos viajes, dos aspectos interesantes: uno representado por sus conferencias y lecciones, y el otro, por la audición de sus composiciones musicales: poemas sinfónicos, tonadas, obras para canto y piano, etc.

En los conciertos organizados por la SODRE. (el órgano oficial de difusión radioeléctrica del Uruguay), ofreció en primera audición, en Montevideo, sus dos poemas sinfónicos esenciales: «La Voz de las Calles» y «Escenas Campesinas Chilenas». En «La Voz de las Calles», Allende nos demostró por primera vez su capacidad extraordinaria para realizar una obra de sólida construcción en el desarrollo de los temas populares tomados de los pregones callejeros de Santiago de Chile, tratados con gran fineza orquestal y armónica. «Escenas Campesinas Chilenas» nos encantó por su sugestivo poder de evocación; en las «Tonadas» para orquesta, construídas en forma de danzas divididas en dos partes, una lenta y la otra animada, Allende realiza la expresión más firme y constructiva de su obra para orquesta, mereciendo por la audacia de algunas de sus innovaciones los elogios más decididos de los críticos franceses, cuando el maestro Straram las diera a conocer en el «Teatro de los Campos Elíseos».

El maestro Allende encontró en Montevideo colaboradores muy eficaces, que sería injusto no recordar: la pianista Mercedes Olivera, la soprano Albertina Vilar del Valle, el pianista Hugo Balzo y María Delia Corchs de Martínez.

Para los que se interesan por la pedagogía en la rama especializada de la enseñanza de la música, la conferencia del maestro Allende en el Instituto Normal de Señoritas, resultó una verdadera lección en el más amplio sentido de la palabra. El maestro Allende comenzó por leer un trabajo compendiado de la historia musical de Chile, desde las primeras manifestaciones del coloniaje hasta el actual desarrollo de la cultura musical de Chile, destacando particularmente la Sociedad Bach, que dirigió Domingo Santa Cruz y editó una revista musical.

Terminada la lectura del trabajo sobre la historia de la música en Chile, el maestro Allende explicó a continuación la organización del Conservatorio Nacional de Música y dió lectura al programa

que él desarrolla en sus cursos de composición, en los cuales se enseña desde el primer año la composición, pues, los alumnos ya vienen suficientemente preparados en armonía.

El pianista Hugo Balzo ilustró al piano esta parte de la conferencia, ejecutando trozos compuestos por los alumnos del maestro Allende que integran un álbum infantil publicado por la Universidad y en el cual figuran composiciones de Alicia Robles, Herminia Raccagni, Armando Urzúa y Judith Aldunate. Estos trozos llamaron justamente la atención y fueron muy aplaudidos.

No menos interesante fué la conferencia de Allende sobre su método para la enseñanza del canto en las escuelas, sencillo y científico a la vez, que despertó el interés de los profesores de canto coral que lo adoptaron en las escuelas de Montevideo.

Organizado por la Sociedad de Amigos de Herrera y Reissig, se realizó en el Palacio de la Música un concierto de música de cámara de obras de Allende, con el «Cuarteto para cuerdas», además de obras para piano como las «Miniaturas Griegas» y las «Tonadas de carácter popular chileno».

Fecunda labor, como se ve, dentro de la brevedad del tiempo: pasaje de verdadera inquietud espiritual y de enseñanza duradera, de un hombre que vino al Uruguay precedido de una gran fama, tanto americana como europea; pero modesto y sencillo, tal como se presentó a las personas que, como yo, tuvimos la oportunidad de intimar con quien desde entonces ha sido uno de nuestros más directos amigos y un músico notable, en el mejor sentido de la palabra, cuya vasta obra Chile reconoce como suya y le consagra por eso mismo, lo que es justo, las más altas distinciones.

ILDEFONSO PEREDA VALDÉS
Montevideo, 1945.